



Lenguaje y retórica en Paul de Man: la ironía como resistencia a la lectura

Federico Gabriel Cortés¹

Recibido: 15/12/2015
Aceptado: 11/06/2016

Resumen

Este texto busca reponer la noción de «resistencia a la teoría» que Paul de Man desarrolla en el ensayo homónimo de 1982, con el objetivo de delimitar sus presupuestos teóricos más preponderantes y explicarlos en relación con el ensayo de de Man titulado “El concepto de ironía”. De esta manera, nos proponemos repensar la noción de «resistencia a la teoría» tomando como punto de partida el rol central que ocupa la noción de «lectura» en su construcción. Para hacer esto, recurriremos a algunos de los recientes ensayos donde Miguel Dalmaroni se ha encargado de pensar la teoría de Paul de Man (así como también las de Maurice Blanchot y Roland Barthes) en el ámbito de la crítica literaria argentina y latinoamericana.

Palabras clave

Resistencia – teoría literaria – ironía – lectura.

Abstract

This text tries to systematize the concept of «resistance to theory» that Paul de Man develops in his essay “The resistance to theory” (1982), in order to identify its theoretical assumptions and explain them regarding the essay named “The concept of irony”. So, we intend to reconsider the concept of «resistance to theory» taking into account the concept of «reading» used in it. In order to do this, we will go through some of the latest essays where Miguel Dalmaroni has thought Paul de Man’s theory (as well as the work of Maurice Blanchot and Roland Barthes) in relationship with the Argentine and Latin-American literary criticism.

Keywords

Resistance – literary theory – irony – reading.

Una de las características más destacables de la empresa crítico-teórica de Paul de Man es la búsqueda de un *modo* de leer literatura que no caiga en las trampas de sentido que se presentan una y otra vez en el lenguaje literario. El comienzo del ensayo titulado “La

¹ Licenciado en Letras (Universidad Nacional de La Plata). Contacto: fede.gcortes@gmail.com

resistencia a la teoría” apunta a una serie de consideraciones sobre la teoría literaria en general y, más específicamente, sobre su capacidad de dar cuenta o no de lo que ocurre en la literatura. Este ensayo debe entenderse a partir del contexto de expreso escepticismo que manifestaron los teóricos del denominado “New criticism” en los Estados Unidos ante “la introducción de la terminología lingüística en el discurso estético e histórico sobre la literatura” (de Man 2003: 655).

Si hablamos del “canon” de la teoría literaria hacia 1960, hay que recalcar el lugar preponderante que ocupaban el estructuralismo francés y la escuela de Frankfurt, así como las ineludibles influencias de Saussure con la lingüística, Husserl con la fenomenología y Heidegger con la hermenéutica. Según de Man el surgimiento de la teoría, tal como la entendemos hoy en día, dependió claramente de los usos de los aportes de Saussure: “La teoría literaria aparece cuando la aproximación a los textos literarios deja de basarse en consideraciones no lingüísticas [...] cuando el objeto del debate ya no es el significado o el valor sino las modalidades de producción y de recepción del significado” (2003: 648).

El problema, desde la perspectiva demaniana, reside en que la terminología lingüística que se introduce en los estudios sobre literatura parte de una noción principal: una matriz de pensamiento referencial en cuanto a la función del lenguaje. Es decir, lo que suele suponerse es que el lenguaje tiene por “referencia” una función y no una intuición por parte de un determinado sujeto. La referencia se convierte en una preocupación central para la teoría literaria, cuyo objetivo Paul de Man describe –crítico y distante– así:

Detrás de la seguridad de que es posible una interpretación válida, detrás del interés reciente en la escritura y en la lectura como actos de habla potencialmente efectivos y públicos, detrás de todo ello hay ese imperativo moral muy respetable que intenta reconciliar las estructuras internas, formales y privadas del lenguaje literario con sus efectos externos referenciales y públicos. (1990: 16).

La distancia se toma, así, respecto de estudios que se caracterizan por hacer coincidir un significado supuestamente propio de la obra literaria analizada, con una referencia que es siempre externa y perteneciente al mundo, haciendo que la literatura se subyugue a lo que alguien o algo (digamos un grupo, una tradición, un hábito cultural) postula como exterior a ella. En este sentido, es necesario destacar el cambio de concepción del lenguaje que llevaron adelante Barthes o Jakobson, por nombrar dos figuras preponderantes del estructuralismo, en el seno de la teoría literaria, que consistió en “considerar al lenguaje como sistema de signos y significación en lugar de una configuración establecida de significados” (de Man 2003: 649), lo cual terminó por reunir de forma definitiva a la semiología con la literatura. De esta manera, gracias a las herramientas de análisis que le proporcionó la lingüística, la teoría literaria pudo establecerse como tal cuando definió su objeto: la literariedad.

Una de las primeras críticas que de Man hace al estructuralismo gira en torno al problema de la fenomenalidad del significante. Para esto, de Man parte de un análisis que Barthes hace de Proust (en “Proust et les noms”, 1967), en donde se afirma que el escritor es aquel que cree que la relación entre significante y significado es motivada:

También nos gustaría insistir en el cratilismo del nombre (y de signo) en Proust... Proust ve la relación entre el significante y el significado como motivada, uno copiando al otro y representando en su forma material la esencia significante de la cosa (y no la cosa misma) [...] se puede uno preguntar si esto no está más o menos conscientemente presente en toda la escritura y si es posible ser escritor sin algún tipo de creencia en la relación natural entre los nombres y las esencias. (Barthes 1967: 157-158).

De esta manera, lo que se rescata de Proust es la continuidad entre significante (o sonido) y significado, considerándola como un simple *efecto estético* que el lenguaje puede alcanzar. Con relación a esto, de Man afirma:

No es una función estética sino retórica del lenguaje, un tropo identificable (la paranomasia) que opera al nivel del significante y que no contiene ninguna declaración responsable sobre la naturaleza del mundo, a pesar de su fuerte potencial para crear la ilusión opuesta. (2003: 651).

De Man no duda de la fenomenalidad del lenguaje en tanto manifestación de una materialidad, es decir, de un sonido o de la existencia escrita de las palabras: el error estaría en pensar que la relación entre la palabra y la cosa es fenoménica cuando, tal como lo demostró Saussure, es exclusiva y obligatoriamente convencional. En consonancia con esto, de Man pugna por una lingüística “no-fenoménica”, como él mismo la llama, en donde “no se niega la función referencial del lenguaje [...] lo que se cuestiona es su autoridad como modelo para la cognición fenoménica o natural [...] porque no es cierto a priori que el lenguaje funcione sobre principios que son los del mundo fenoménico o que son como ellos.” (2003: 653).

Una teoría literaria que fracase en dar cuenta de esto se equivocaría, por ejemplo, al “confundir la materialidad del significante con la materialidad de lo que significa” (2003: 653) resultando, fundamentalmente, *ideológica*. Recordemos que Paul de Man entiende por ideología “la confusión de la realidad lingüística con la material, de la referencia con el fenomenalismo.” (2003: 653).

La resistencia que produce el discurso teórico, siguiendo a de Man, se da justamente porque es capaz de desentrañar ideologías como la mencionada, muchas veces ubicadas en el centro de su propio discurso; también ocurre porque se configura como un discurso emparentado con la filosofía aunque, en realidad, rompa con la tradición filosófica por el simple hecho de haber nacido en el seno de la lingüística; porque “desdibuja los límites entre el discurso literario y el no literario.” (2003: 653). Pero a la vez, una dirección contraria de esta resistencia puede deducirse de las tensiones que surgen del proyecto mismo de la teoría literaria, que tienen su origen en la forma en la que se concibe a sí misma como disciplina: “La resistencia puede ser un constituyente inherente a su discurso” (2003: 654). Más adelante, de Man amplía en el mismo ensayo la caracterización de esta noción: “La resistencia a la teoría es una resistencia al uso del lenguaje sobre el lenguaje [...] una resistencia al lenguaje mismo o a la posibilidad de que el lenguaje contenga factores o funciones que no puedan ser

reducidos a la intuición.” (2003: 655).² Paralelamente, de Man introduce el modelo teórico del *trivium* para explicar la importante incidencia que algunos de sus preceptos tienen en el armado de la concepción de lenguaje que poseerán en los estudios sobre literatura que él crítica.

El modelo del *trivium*, que “considera a las ciencias del lenguaje como compuestas por la gramática, la retórica y la lógica (o la dialéctica), es, de hecho, un conjunto de tensiones no resueltas” (2003: 656) que se relacionan, en este caso, con el problema de la fenomenalidad del lenguaje –es decir, con la capacidad del lenguaje verbal para referir al mundo no verbal–. Para de Man, este problema surge de instituir una continuidad incuestionada entre las matemáticas (pertenecientes al *quadrivium*, representan el contenido no-verbal y nos dan el conocimiento del mundo fenoménico) y las ciencias del lenguaje (tomando a la lógica como punto de partida). La concepción “retórica” del lenguaje que propone de Man surge de la particular importancia que le asigna a esa dimensión del lenguaje, en comparación a la gramática y la lógica – respecto de las cuales, al contrario de lo que suele suponerse, es discontinua–. La propuesta central de su teoría consiste en pensar la retórica como el uso del lenguaje que tradicionalmente ha sido catalogado como “literariedad”, a raíz del efecto que tiene dicha dimensión del lenguaje sobre las otras dos. La retórica “interviene como elemento decisivo pero desestabilizador que [...] trastorna el equilibrio interno del modelo y, por consiguiente, también su extensión externa al mundo no verbal.” (2003: 657). El problema fundamental del *trivium* tiene su origen en la errónea relación isotópica, es decir, de continuidad que se establece entre la gramática y la lógica. Porque, si tenemos en cuenta que la lógica, gracias a su intrínseca relación con el *quadrivium*, funciona como el nexo que posibilita el ingreso del mundo fenoménico al interior del lenguaje, podemos dar cuenta que la relación isotópica termina por establecerse también entre el lenguaje y el mundo fenoménico. Según de Man, la teoría literaria debería dejar de lado este precepto continuista entre el lenguaje y el mundo, muchas veces supuesto en los estudios estructuralistas.

Podemos dar con la clave para entender “la incierta relación entre gramática y retórica” (2003: 658), en el lugar *ambiguo* que ocupan los tropos (las figuras), que pueden ser estudiadas tanto desde la gramática como desde la retórica. Acertadamente, de Man pone de manifiesto que los tropos “no siguen necesariamente el modelo de una entidad no verbal, mientras que la gramática es, por definición, capaz de generalización extralingüística.” (2003: 659). Esta tensión irresuelta es lo que se manifiesta durante el acto de la *lectura*, ya que involucra simultáneamente tanto a la dimensión retórica como a la dimensión gramática del lenguaje. La noción de lectura es central, al punto que de Man la incorpora a su formulación sobre la resistencia a la teoría: “Resulta que la resistencia es, de hecho, una resistencia a la lectura.” (2003: 659). Teniendo en cuenta esta aclaración, es posible afirmar que la resistencia de la teoría, en el corazón de su propio discurso, se produce cuando ella evita el acto de lectura que posibilita, a fin de cuentas, su propia existencia (no podríamos imaginar una teoría literaria que no parta de una lectura inicial).

¿Qué queremos decir cuando afirmamos que algunas teorías literarias dejan de leer? En ningún caso debe esto tomarse por su sentido literal. Para entenderlo, y también

² Por *intuición*, debe entenderse aquí la percepción en el sentido fenoménico del término.

para poder pensar la productividad de esta noción en el ámbito académico actual, donde predominan los estudios culturales y los enfoques historicistas que buscan explicar la literatura a partir de su (incuestionada) referencia externa, es necesario deslindar dos nociones distintas de lectura: por un lado, la «lectura literaria» es aquella que no se rige *obligatoriamente* por la comprensión, que no busca hacer coincidir lo que está leyendo con lo que pertenece al campo de lo culturalmente conocido. Por otro lado, «la lectura cultural» es aquella que lee *como si estuviese leyendo* cualquier otra cosa que no pertenezca a la literatura ni se toque con ella. Esta distinción se basa en la propuesta que Maurice Blanchot desarrolla en distintos momentos de su torno al libro y la lectura: si el lenguaje “está unido al saber en tanto le asegura unos puntos fijos, una permanencia, una determinación por medio de lo general” (1977: 102), entonces “sólo el libro no literario se ofrece como una red fuertemente tejida de significaciones determinadas, como un conjunto de afirmaciones reales” (1992: 174). En contraposición a esto, Blanchot propone: “Leer, en el sentido de la lectura literaria, ni siquiera es un puro movimiento de comprensión, el conocimiento que mantendría al sentido liberándolo. Leer se sitúa más allá o más acá de la comprensión.” (1992: 184). Ahora bien, en el discurrir de la lectura cultural, es factible que se produzca un deslizamiento hacia la *resistencia* de la literatura a ser leída: la imposibilidad de la literatura a ser interpretada y/o comprendida según la estricta exigencia de la cultura. La literatura se identifica con ese momento, razón por la cual las teorías literarias que olviden, o que de forma consciente, dejen de lado esa imposibilidad propia de la literatura, reduciéndola a una “práctica” mera o estrictamente cultural, abordándola según la exigencia exclusiva de la comprensión, serán las teorías literarias que, sin notarlo, dejen de leer.

En toda lectura, agrega De Man, “la decodificación deja un residuo de indeterminación que tiene que ser, pero que no puede ser, resuelto por medios gramaticales” (2003: 659). En otras palabras, a la lectura que coloque la dimensión gramatical del lenguaje en su centro, se le va a resistir la dimensión tropológica –si como dijimos anteriormente, la dimensión tropológica es equivalente a la literatura dentro del esquema de pensamiento de de Man, la resistencia a la lectura se produciría cuando se busque leer literatura con un modelo lógico-gramatical que será inevitablemente deshecho por la inherente retoricidad del lenguaje literario. Una teoría literaria que tenga como método un tipo de lectura como la recién mencionada, tendría entre sus “residuos de indeterminación” todo lo concerniente a la retoricidad del lenguaje. La afirmación polémica de de Man es, quizá, mucho más incisiva de lo que parece, porque cuando critica a las teorías literarias que no pueden leer –a causa de sus decisiones metodológicas– la dimensión retórica de un texto literario (y sobre todo el tenor irreductible de esa dimensión), en realidad está diciendo que esas teorías no pueden leer literatura (contrariamente a lo que afirman, debido a su condición de teoría literaria): es la literatura, durante el acto de leer, la que se resiste a la teoría que procure comprender su relación supuestamente isotópica con el mundo postulada por la gramática y la lógica.

En el ámbito de la crítica argentina, Miguel Dalmaroni se ha encargado de reinterpretar el concepto demaniano de “resistencia a la teoría” en términos de “resistencia a la lectura”. En el ensayo “Algo más sobre el lector común”, relaciona estos conceptos con la figura de “lector común”: “El acto [...] que llamamos «lector común» –es decir la resistencia a la lectura [...] esa fuga de todos los contextos, ese

resto que nos toma cuando entre el texto y nosotros la repetición de contraseñas culturales se ha vuelto imposible” (2013: 3); es precisamente ese resto el que “el impulso teórico puede de ningún modo alcanzar sino únicamente perseguir” (2015: 46). Por otro lado, es necesario destacar una de las hipótesis a la que arriba Dalmaroni en “Resistencias a la lectura y resistencias a la teoría, algunos episodios en la crítica literaria latinoamericana”, ya que funciona como una sistematización que conjuga los aportes teóricos de Blanchot, Barthes y de Man. En la primera de las cuatro hipótesis que Dalmaroni esboza al final de este artículo, propone pensar la distinción blanchotiana entre libro literario y libro no-literario como fundadora de una línea teórica que se repetirá, al menos en su lógica, en los posteriores aportes de Barthes y de Man. La noción de literatura que Blanchot construye en *El espacio literario* “prefigura la oposición entre cultura y destrucción en *El placer del texto* de Barthes. Esta hipótesis puede razonarse como variante o traducción blanchotiana de la tesis acerca de «la resistencia [de la literatura] a la lectura» que formuló Paul de Man.” (2015: 60). De modo tal que Dalmaroni hace hincapié, no sólo la importancia de las teorizaciones de Blanchot, sino también en la vinculación que se puede establecer entre Barthes y de Man. La oposición barthesiana entre legible-escrible y placer-goce anticipan la noción de resistencia a la teoría de Paul de Man y, además, puede pensarse dentro de la distinción metodológica aquí propuesta (lectura literaria y lectura cultural):

Texto de placer: el que contenta, colma, da euforia; proviene de la cultura, no rompe con ella y está ligado a una práctica *confortable* de la lectura. Texto de goce: el que pone en estado de pérdida, desacomoda (tal vez incluso hasta una forma de aburrimiento), hace vacilar los fundamentos históricos, culturales, psicológicos del lector, la congruencia de sus gustos, de sus valores y sus recuerdos, pone en crisis su relación con el lenguaje. (Barthes 2011: 22).

Veamos ahora en qué casos una lectura gramatical fracasaría en dar cuenta de lo que realmente sucede con la literatura. De Man se centra particularmente en una serie de ejemplos en los que la semiótica no puede cumplir con su objetivo ulterior de esclarecer el significado de un determinado texto literario por medio de una lectura lógico-gramatical: “Hay elementos en todos los textos literarios que no son de ningún modo agramaticales, pero cuya función semántica no es gramaticalmente definible, ni en sí misma ni en su contexto.” (2003: 660). Tomemos por caso el conocido título de la novela de Saer *nadie nada nunca* y veamos qué tiene para decirnos: ¿acaso afirma la imposibilidad eterna de que las personas puedan nadar? ¿o es una simple yuxtaposición de palabras solo vinculadas por la función compartida de la negación (de persona, cosa, tiempo)? Queda claro que usos del lenguaje como el de este título, muy presentes en literatura, poseen un alto grado de indeterminación gramatical que pone de manifiesto, en el mismo momento en que es imposible optar por una u otra alternativa, que ni la gramática ni la lógica pueden ayudarnos a decidir cuál es la interpretación que nos permitiría seguir adelante con una lectura capaz de dar con el sentido o la verdad de lo que se lee. Frente a esta ambigüedad, para de Man “el lector tiene que interrumpir su comprensión en el mismo momento que está más directamente implicado y atraído por el texto.” (2003: 662). Bajo ninguna circunstancia debería confundirse este fenómeno con el abandono total de la lectura ante la falta de un sentido estable, más bien estamos ante lo que podríamos llamar la *interrupción de la experiencia de lectura*. ¿En qué

radica esta imposibilidad que, contrariamente a lo que podría esperarse, no anula por completo la lectura sino que la hace tropezar para que siga su camino? Esta interrupción le indica al lector que el sentido no actúa como el lenguaje, en tanto entidad histórico-cultural o lógico-gramatical en términos de de Man, propone, espera y necesita que actúe. La dimensión retórica del lenguaje, la literatura misma, “deshace las pretensiones del *trivium* (y, por extensión, del lenguaje) de ser una construcción epistemológicamente estable.” (2003: 662). Y es a partir del concepto de lectura, entendida como un “proceso negativo en el cual la cognición gramatical queda deshecha en todo momento por su desplazamiento retórico.” (2003: 662), que podemos decir que la literatura se resiste a la teorización al no poder reducirse al esquema de significado con el cual cada teoría pretende leerla. La «lectura literaria», es decir, la resistencia a la lectura como interrupción, viene a testimoniar la imposibilidad de la lectura que inevitablemente intenta fijar un sentido a priori inasible. Si trasladamos este concepto al ámbito de la teoría, se debe tener siempre en cuenta que no es posible establecer ningún sistema completamente seguro, desde un punto de vista epistemológico, dentro del marco de los estudios que tengan a la literatura como su objeto principal, desde donde se pueda *saber*, de manera inequívoca, el sentido de un relato literario (o por lo menos el sentido decididamente preferible en medio de una serie o variedad de sentidos posibles más o menos próximos, semejantes o adyacentes). Lo cual queda de manifiesto en el hecho de que si el sentido finalmente se fija en algún texto crítico o teórico, volverá a ser indefectiblemente ambiguo e inasible para otra nueva lectura. Otro caso que da cuenta de la imposibilidad de hacer coincidir la gramática con la retórica, es el de las preguntas retóricas. En ellas, el mismo uso gramatical genera dos significados opuestos que no pueden reconciliarse dialécticamente: el significado literal posee una proposición que es negada por el significado figural. Esta ambigüedad nos devuelve al estado de indecibilidad según el cual es imposible optar por un significado u otro: no podemos esclarecer el sentido de la pregunta retórica al no poder establecer con seguridad si su función es la de preguntar o si nos está diciendo otra cosa. Así, para de Man, la retórica suspende a la lógica y a la gramática, como así también a la posibilidad de representación.

La salida que de Man encuentra a los problemas que las teorías literarias de corte estructuralista o hermenéutico no pueden explicar es, fundamentalmente, retórica: es por eso que propone que podemos entenderlos y describirlos de modo acertado si los analizamos en tanto figuras o tropos. El caso más representativo de esta imposibilidad de asir el sentido del lenguaje es la “ironía” (entendida como un modo de la ambigüedad). La ironía es caracterizada por de Man como “el tropo de los tropos” porque afecta el orden de la comprensión en el nivel gramatical y, a la vez, porque es incompatible con el análisis lógico. La ironía pone de manifiesto que el lenguaje no necesariamente va a estar supeditado a la intención de quien lo usa, o al mundo externo al que pretende referir. En el ensayo “El concepto de ironía”, de Man realiza una suerte de historización de las diferentes formas en las que se ha concebido a la ironía, con el objetivo de establecer una definición propia sobre dicho tropo. Comienza el artículo presentando diversas formas de concebir y de definir los tropos, por medio de las cuales expone su propia definición. Los tropos, entonces, implican siempre un alejamiento, un cambio, un desplazamiento de sentido. En relación a ellos, de Man establece que la

ironía introduce un cambio que “implica algo más, una negación más radical” (2000: 233).

“La ironía misma plantea dudas en el mismo momento en que se nos ocurre su posibilidad, y no hay ninguna razón intrínseca para interrumpir el proceso de duda” (2000: 235). Por lo tanto, el lector debe elegir entre un sentido u otro en el momento en el que la ironía lo intercepta, razón por lo cual de Man afirma que es “el deseo de entender la ironía la que pone fin a esta cadena” (2000: 235). Durante ese proceso de decisión, mientras reina la duda, tanto la lectura como la posibilidad de interpretación del lector se ven interrumpidas. No es siempre la obra misma la que necesariamente habilita esta posibilidad, sino que es el lector el que siente la extraña necesidad de interrumpirse si lo que lo moviliza es asignarle un sentido a lo que lee, o bien dar cuenta de que esa asignación es imposible. Pero si mediante la comprensión es posible controlar la ironía, “¿qué sucedería si la ironía fuera siempre la ironía de la comprensión, si lo que estuviera en juego en cuanto a la ironía fuera siempre la cuestión de si es posible comprender o no comprender?” (2000: 236). Si esto es cierto, entonces la comprensión nunca puede controlar la ironía, por lo cual la función de este tropo consistiría en problematizar “la posibilidad de la lectura, la legibilidad de los textos, la posibilidad de decidir sobre un significado” (2000: 236).

Seguido a esto de Man trabaja con un capítulo de *Lucinda*, una novela de Schlegel, en la que se presenta una especie de disquisición filosófica que, según recuerda de Man, puede leerse sin mayores dificultades —es sabido que de hecho lo fue— como “una reflexión sobre los aspectos puramente físicos de un acto sexual.” (2000: 239). Lo que se extrae de este caso es que ciertos discursos, cuando son escritos de una determinada manera, permiten ser leídos según un “doble código”. Resulta interesante dar cuenta que De Man plantea esta cualidad del lenguaje en términos de “amenaza”: “Estos dos códigos son radicalmente incompatibles entre ellos. Se interrumpen, se alteran el uno al otro de una forma tan fundamental que esta verdadera posibilidad de disrupción representa una amenaza para todas las asunciones que uno tiene acerca de lo que un texto debería ser.” (2000: 239).

Yendo un paso más allá, de Man postula que todo sistema tropológico, todo lenguaje, toda obra literaria, “engendra una línea narrativa”. Ahora bien: por medio de su lectura de Schlegel, argumenta que la ironía trae consigo un “estado de ánimo interior” de sesgo interruptor (que podemos hallar en la poesía) cuya modalidad exterior sería lo bufo: “Lo bufo [...] es la interrupción de la línea narrativa, el aparte, el aparte para la audiencia, a través del que se rompe la ilusión de ficción.” (2000: 251). Si siempre es posible identificar una “línea narrativa” y tomarla como *sendero* para que una lectura discurra y *corra* tras el sentido, también siempre —diríamos, fatalmente— la hay para que resulte interrumpida: constante e irremediablemente interrumpida. Fiel a sus motivaciones, de Man traduce todo esto al campo de la retórica, donde ubica los tropos de la “parábasis” y el “anacoluto” para mostrar cómo actúa la interrupción en el lenguaje y la literatura:

La parábasis es la interrupción de un discurso en virtud de un desplazamiento en el registro teórico [...] El anacoluto se emplea más a menudo como algo referido a los modelos sintácticos de los tropos [...] donde la sintaxis de una frase que crea ciertas expectativas es súbitamente interrumpida y, en vez de encontrar lo que se

espera según la sintaxis establecida, se encuentra algo totalmente diferente, una ruptura en las expectativas sintácticas del modelo. (2000: 252).

Antes de continuar, es necesario reponer cómo aparecen definidos estos dos tropos en investigaciones retóricas tradicionales. Helena Beristain define el anacoluto como una “ruptura del discurso debida a un desajuste sintáctico provocado por la elipsis de los términos concomitantes o subordinantes o coordinantes. Puede deberse a una confusión entre parataxis o hipotaxis” (1995: 46). Beristain destaca que este tropo suele utilizarse para imitar la lengua hablada y otorgarles más realismo a los personajes. Por otra parte, Marchese y Forradas definen al anacoluto como “recurso estilístico en el que la frase se nos presenta desprovista de coherencia sintáctica, por adoptar el hablante, en el desarrollo del discurso, una construcción acorde con su cambio de pensamiento” (2007: 24). Mientras que definen parábasis como “un caso especial de la digresión [...] tan frecuente en la tragedia griega: el autor, por medio de un corifeo, daba a conocer a los espectadores sus intenciones, sus opiniones [...] podría extenderse a los casos de intrusión del autor en la obra” (2007: 102).

Estos dos tropos se encargan entonces de interrumpir esa línea narrativa que deviene del lenguaje, en tanto sistema tropológico, y si, como se dijo anteriormente, en la poesía la ironía se encuentra en todas partes, entonces “la narrativa puede ser interrumpida por cualquier lugar”; existe algo así como una potencialidad latente de interrupción que viene a cortar la línea narrativa que es, ni más ni menos, que “la estructura narrativa que resulta del sistema tropológico [...] la alegoría de los tropos tiene su propia coherencia narrativa, su propia sistematicidad, y es tal coherencia, tal sistematicidad, lo que la ironía interrumpe, altera.” (2000: 253-254). Lo que está en juego, de nuevo, es la (im)posibilidad que tenemos a la hora de comprender y, por medio de esta comprensión, de hacer inteligible o no la narración que estamos leyendo.

De Man vuelve a citar a Schlegel para decir que la poesía suspende “las nociones y leyes del pensamiento racional” (2000: 256), dejando expuesto “el caos original de la naturaleza humana [...] la lengua auténtica es la lengua de la locura, la del error, la de la estupidez” (2000: 256). Su “autenticidad” radica en que “es una simple entidad semiótica, abierta a la radical arbitrariedad de cualquier sistema de signos y, como tal, [...] poco fiable.” (2000: 256). Para explicar esto, de Man introduce el concepto de “libre juego del significante”: fiel a su postura no-fenomenológica, propone que la lengua se desliga de ataduras referenciales y es independiente de cualquier tipo de intención que poseamos a la hora de utilizarla. Una vez escrita, una obra literaria no podrá reducirse a ninguna explicación que focalice exclusivamente en entidades como el autor o el lector de la obra; la arbitrariedad de los significantes, no solo impide que estos sean gobernados por los que los usan, sino que también “echa a perder cualquier consistencia narrativa, y arruina los modelos reflexivo dialéctico, que forman, como se sabe, la base de cualquier narración.” (2000: 257). En sintonía con esto, de Man asevera: “Un texto literario afirma y niega simultáneamente la autoridad de su propio modo retórico” (1990: 31). Esta premisa rige buena parte de las lecturas que de Man realiza, al punto tal que se caracterizan por buscar ese momento en que el texto se niega a sí mismo.

Lo que la ironía interrumpe, en tanto tropo que caracteriza al lenguaje literario, es la posibilidad de existencia de una estructura narrativa: “No hay narración sin reflexión, ni narrativa sin dialéctica, y lo que la ironía interrumpe [...] es precisamente esa dialéctica y esa reflexividad, los tropos. Lo reflexivo y lo dialéctico son el sistema

tropológico” (2000: 257). Esta interrupción de la comprensión que apunta a cuestionar la estabilidad epistemológica del lenguaje tiene, paradójicamente, un efecto en extremo positivo para la labor crítica: “Parece como si acabásemos en una especie de seguridad negativa sumamente productiva para el discurso crítico (1990: 30). Es, en nuestros términos, el fenómeno de la resistencia a la lectura, que pone de manifiesto la imposibilidad de la lectura (pensada como cultura) para comprender la totalidad de una obra literaria por medio de un método reductivo y de identificación. En sintonía con esto, Dalmaroni en “Resistencias a la lectura y resistencias a la teoría”, luego de constatar que en el ámbito de la crítica literaria latinoamericana existen muchos más estudios socio-históricos en torno al problema de la lectura que aproximaciones teórico-filosóficas, se pregunta: “¿se resiste la <lectura>, o algo de lo que mentamos con esa palabra, a una teoría que la interroga? ¿Es la crítica latinoamericana la que –por motivos entre los que podría contarse esa misma resistencia– se desentiende del tema o lo desvía?” (2015: 45). De esta manera, es posible afirmar que Dalmaroni reactualiza la polémica de Paul de Man con el estructuralismo y la hermenéutica cuando problematiza el estatuto ontológico-epistemológico de muchos estudios literarios de corte historicista, estatuto que funciona como presupuesto tácito a la hora de leer literatura, y que implica entender a la literatura como una práctica cultural entre otras tantas, confundiendo así lo acontecimental (es decir, el encuentro con el tenor retórico del lenguaje en el texto literario) con lo extraliterario o, como diría de Man, la realidad lingüística con la material.

Referencias bibliográficas

- Barthes, R. (1967), “Proust et le noms”. En *To Honor Roman Jakobson*, La Haya, Mouton, 150-158.
- _____ (2011), *El placer del texto y lección inaugural*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Beristain, H. (1995), *Diccionario de Retórica y Poética*. México: Editorial Porrúa.
- Blanchot, M. (1977), *Falsos pasos*. Valencia: Pre-textos.
- _____ (1992), *El espacio literario*. Madrid: Editorial Nacional.
- Dalmaroni, M. (2013), “Algo más sobre el lector común”. *Bazar Americano*, actualización noviembre-diciembre 2013: <http://www.lectorcomun.com/miguel-dalmaroni/revistas/341/algo-mas-sobre-el-lector-comun/> (26/02/2015).
- _____ (2015), “Resistencias a la lectura y resistencias a la teoría. Algunos episodios de la crítica literaria latinoamericana”. *452ºF*. #12: 42-62.
- De Man, P. (1990), *Alegorías de la lectura*. España: Editorial Lumen.
- _____ (2000), *La ideología estética*. España: Atalaya.
- _____ (2003), “La resistencia a la teoría”. En *Textos de teoría y crítica literaria (del formalismo a los estudios poscoloniales)*. México: Unam, 639-666.
- Marchese, A. y Forradelas J. (2007), *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*. Barcelona: Ariel.